

SONIA NIEVAS

EL HOMBRE QUE AMÓ A UNA
SIRENA
Y LA SIRENA QUE LO AMÓ



SONIA NIEVAS DE BÉJAR

**EL HOMBRE QUE AMÓ A UNA SIRENA
Y LA SIRENA QUE LO AMÓ**

EDICIONES 
MUZA INC
TU LIBRERÍA VIRTUAL

Diseño de Cubierta:

Juan Manuel Serrato Bou
Rosanne Leblanc

Depósito legal:
Biblioteca Nacional de Canadá

ISBN: 978-0-9813153-7-9

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para todo el mundo:

© 2009, Ediciones MUZA Inc. Canadá

www.tulibreriavirtual.net

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la carátula, puede ser transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor. Tampoco podrá ser reproducida o almacenada con fines comerciales

INDICE

Julio, 1923	-----	5
Julio, 1933	-----	80
Julio, 1983	-----	127
ACERCA DE:	-----	140

Julio, 1923

Marcos, el único hijo de una humilde familia de pescadores, vivía junto a su madre en un pequeño pueblo costero en una casa frente al mar. Su padre, Enrique, había fallecido recientemente y una gran tristeza invadía su vida. El chico tan sólo encontraba consuelo mirando el mar, oyendo el rumor de las olas desde la ventana de su habitación. Suplicaba a su madre día tras día que le permitiera ir a la playa cercana para poder chapotear en el agua, mirarla, olerla... a lo que ella siempre respondía no.

De noche, lloraba silenciosamente en su cama, a oscuras, recordando a su padre, el que pasaba muchas horas fuera de casa, incluso días a veces, aunque al volver siempre le explicaba aventuras e historias de sus viajes surcando el mar. Por ese motivo, creía él, su madre no le permitía acercarse a la playa. Según había

oído, su padre se ahogó una noche en la cual una gran tormenta azotaba el mar sin descanso. Su pequeña embarcación de madera no pudo soportar el empuje de las olas y la hundió hacia el fondo del mar. Después de varios días de búsqueda tan sólo se encontró uno de sus remos partido por la mitad. Pero cuánto más se lo prohibía su madre, más ganas surgían de su interior. Cuando iba a la escuela pasaba cerca de la playa, haciendo tremendos esfuerzos para no tirar la mochila al suelo y de cabeza, internarse en la azulada agua salada.

Ya estaban en verano y María, la madre de Marcos, había empezado a preocuparse pues esa estación significaba calor y buen tiempo. La gente aprovechaba para ir a la playa a pasear, a pescar... la sola idea de que su hijo se acercara al agua la aterrizaba, por eso hacía todo lo posible por evitarlo. Ese mismo mes decidió ir a pasar el verano a casa de los padres de su difunto esposo, situada justo en el centro del pueblo y por lo tanto, lejos del mar. Ella sabía que estaba mal pero no podía evitarlo, perder a su hijo sería

insuportable, era lo único que le quedaba tras la muerte de Enrique. Así que una calurosa mañana se pusieron en marcha, cargaron sus bolsas, cerraron la casa a cal y canto y se dirigieron a casa de los abuelos.

Caminaban despacio entre las estrechas calles del pueblo mientras, de vez en cuando, María iba dando un vistazo a su hijo que, tras ella, caminaba observando el paisaje con la mirada perdida. Estaba realmente preocupada porque desde el fallecimiento de su esposo el muchacho no había vuelto a ser el mismo; se había encerrado en sí mismo y se negaba a hablar con ella, tan sólo para preguntarle si podía ir a ver el mar, cosa que a ella la hacía salir de sus casillas.

El tiempo que duró el trayecto permanecieron en silencio. Aunque aquella situación era muy incómoda para ambos tampoco había nada que decir al respecto; María creía que con el tiempo todo volvería a su cauce, así que no era necesario forzar la situación.

Una vez llegaron al centro del pueblo se encontraron la calle

principal abarrotada de gente. Era el día de los pescadores: éstos regalaban una vez al mes una parte de su pesca si había sido buena. Ése día tocaban sardinas, las ofrecían asadas junto con pan tostado al fuego, bañados en aceite de oliva virgen. Marcos no podía evitar mostrar una expresión de sorpresa al ver todo aquello ¿quizá su padre también estuvo un día entre aquellos pescadores? Por un segundo lo vio allí, ataviado con su uniforme de pesca: sombrero de paja, camisa a rayas y pantalón corto sin olvidar sus chanclas, destrozadas por el paso de los años, pero de las que jamás se desprendía. Se le saltaron las lágrimas que rápidamente ocultó de los ojos de su madre. Ésta, viéndolo tan abatido, preguntó:

–Marcos ¿quieres que echemos un vistazo? No hay prisa en ir a casa de los abuelos - dijo intentando sonreír.

Marcos se encogió de hombros aunque no con mucha energía. María tomó la bolsa de una mano, a su hijo de la otra y lentamente, pero con decisión, se dirigieron al centro del alboroto.

Caminaron en silencio entre tanto ruido de gritos y voces

estridentes hacia el mercado; el ir y venir de madres acompañadas de sus hijos era constante, algunas gruñían furiosas debido a las travesuras de sus pequeños, que no les daban ni un minuto de descanso.

Los pescadores mostraban orgullosos sus piezas, las cuales colgaban de una cuerda boca abajo mientras asaban sin parar pan y sardinas. El olor inundaba todo el pueblo desde una punta a otra. Eso hizo sentir mejor a madre e hijo, cada uno a su manera. Marcos observaba a medida que avanzaban y su curiosidad aumentaba, cosa que intentó ocultar.

Las calles, las ventanas y farolas habían sido decoradas con banderas de todos los colores; los dependientes de los puestos del mercado y las tiendas lucían sus mejores galas. Se respiraba en el ambiente alegría y jovialidad, pero Marcos no podía sentirse así por mucho que su madre se empeñara. Estaba en un momento muy difícil.

Continuaron calle arriba hasta llegar a los puestos de los

pescadores. Muchos de ellos a pesar de su avanzada edad aún conservaban buena forma física. Algunos sin pelo, otros canosos, pero todos coincidían en un tono tostado en su piel, sobretodo en el rostro y los brazos. A Marcos le llamó la atención un anciano, un capitán a juzgar por la gorra que llevaba en la cabeza, fumaba una vieja pipa de madera gastada y de sus labios emanaba humo en forma de aro. Ésto sorprendía a los chiquillos que paseaban por el mercado; muchos se quedaban a escuchar sus historias de cuando era joven, un marinero, mientras saboreaban una ración de sardinas.

Aprovechó una distracción de su madre para acercarse al grupo que rodeaba al capitán; su voz era grave, un poco rota; recitaba poemas sobre puertos, doncellas y barcos que surcaban los siete mares. A Marcos le entusiasmó y poco a poco fue acercándose más y más. Cuando quiso darse cuenta ya estaba sentado en el suelo comiendo sardinas.

¿Habéis oído hablar sobre las sirenas? se interrumpió el capitán.

Nadie contestó. Así que el capitán dio un sorbo a su botella

de ron y decidió proseguir con su historia.

-Ah... las sirenas... Mágicas criaturas ¿sabéis? Viven en la profundidad de los lejanos océanos. Según dicen las leyendas, son seres de gran belleza y encanto. Poseen una hermosa voz, con ella seducen a los jóvenes marineros para llevarlos con ellas al fondo del mar. En la época antigua, Jasón y su tripulación, los Argonautas, sufrieron sus encantos que lograron derrotar con el espantoso canto de Orfeo, que los libró de la ensoñación. Pero son seres muy antiguos, existen desde los principios de los tiempos; antes de mi nacimiento incluso y yo soy viejo ya soltó una carcajada y los niños lo imitaron.

-¿Por qué hacen eso? dijo una voz de entre el grupo.

-No lo sé pequeño, pero lo que sí sé es que esos seres viven para siempre, quizá es que no quieren estar solos. Vivir eternamente es mucho tiempo.

-¿Y cómo son? preguntó otra voz.

El anciano se aclaró la garganta y durante un instante pensó

bien lo que les diría a un grupo de chiquillos sin herir la sensibilidad de sus madres.

-Bueno... son hermosas jóvenes de piel blanca y ojos claros, su pelo es largo y suave; pero no tienen piernas sino una cola de pez. Con ella se deslizan rápidamente por las aguas, entre las algas, buscando tesoros de los barcos hundidos.

-¿Una cola de pez? dijo otro con disgusto ¡qué asco! ¿y cómo hacen pis?

Los demás niños rieron a carcajadas, pero Marcos no rió o hizo alusión alguna, estaba asombrado, extasiado por la historia del viejo capitán. No podía dejar de pensar en las sirenas y en el mar. Eran tan afortunadas por poder vivir en él: nadar, investigar... Él lo deseaba con todas sus fuerzas: ver el mar. Quería ser marinero, pero su madre jamás lo permitiría.

De pronto los niños se disiparon al ver a sus madres aparecer enfurecidas por entre la multitud. A unos los cogieron de las orejas y a otros dieron una zurra. Marcos de pronto quedó sólo

frente al viejo capitán. Éste esbozó una pequeña sonrisa y se dispuso a marcharse cuando él le detuvo.

-¿Qué quieres pequeño? - preguntó.

-Cuénteme más sobre las sirenas - pidió con los ojos brillantes por la emoción.

El capitán, realmente sorprendido, dibujó una sonrisa en su rostro. Posó su mano sobre la cabeza de Marcos y agitó con suavidad su pelo oscuro y rizado.

-¿Y por qué un niño como tú podría tener interés alguno en las sirenas? Eres demasiado joven todavía – respondió, divertido.

-¡No, no lo soy! - gritó Marcos ofendido – Voy a ser marinero.... bueno... de mayor...

El capitán volvió a reír. Miró al chiquillo a los ojos dejando salir de su pipa pequeños aros de humo blanquecino.

-Veo que madera no te falta - sonrió – Te contaré más historias sobre ellas si quieres, pero otro día, ahora tengo que marcharme.

Acércate al puerto cuando quieras y pregunta por el Capitán Jack.

Te estaré esperando.

Marcos vio cómo se alejaba hacia un lado cargando un saco raído, dejando tras de sí una estela grisácea; caminaba a paso lento y parecía realmente cansado. Por otro lado vio aparecer a su madre y parecía algo nerviosa, enfadada. María se acercó y se plantó frente a él; sus ojos destilaban rabia y parecían chispear también; Marcos sabía perfectamente el porqué, aún así no dijo nada, no debía. María lo agarró con fuerza de la mano y como un rayo se pusieron de nuevo en marcha. El tiempo que duró el trayecto no intercambiaron palabra.

Marcos sabía que su madre estaba realmente preocupada por él, pero a veces podía llegar a ser insoportable. Lo protegía sobremanera; no podía ni siquiera ir a la playa con sus amigos, aunque los padres de éstos fueran también. Desde la muerte de su marido, María no había vuelto a ir al puerto o al mar, le tenía pánico y la existencia de Marcos se hacía cada día más dura.

Marcos cerró los ojos un momento y volvió a abrirlos.

Nunca había estado en aquella parte del pueblo, una o dos veces quizá, pero siempre de pasada. Las casas eran más bien pequeñas, teñidas de un tono grisáceo, muy diferentes a la suya que siempre estaba iluminada por el sol: desde el amanecer hasta el anochecer. Volvió a cerrar los ojos, se imaginó por un momento en la playa pescando, oyendo el suave, dulce y tranquilizador rumor de las olas. De pronto algo tiró de la caña, casi no podía contenerlo. Pero no era lo suficiente fuerte y el pez escapó; vio entonces una sombra alejarse: aquello no era un pez.

–Cariño despierta le interrumpió su madre – ya hemos llegado, vamos.

–¿Uhm..? murmuró aún ensimismado ¿dónde estamos?

–Vamos, espabila, ve a saludar a tus abuelos: te están esperando – suspiró ella.

Cuando consiguió despertar se acercó a paso lento, sin dejar de frotarse los ojos, a la casa de sus abuelos. Había venido pocas veces pero siempre recordaba el jardín, una minúscula zona de

tierra que la abuela Elvira tenía en la entrada, repleta de margaritas blancas, sus flores favoritas, que ella misma cultivaba y cuidaba con mucho mimo, como si fueran sus otros hijos. La casa, blanca como la nieve pero con algunos toques de azul en las ventanas y las puertas, parecía nueva. Nadie diría que allí habían vivido tres generaciones.

Marcos caminó hacia la casa observando su fachada de piedra y cal cuando una brisa suave y cálida agitó las margaritas. Parecía que bailaran. Se plantó ante la puerta, abierta, encontrando al abuelo en el descansillo, durmiendo en una vieja butaca. Marcos se preguntaba cómo aquel artilugio no se había roto o caído al suelo, porque su abuelo no destacaba por su delgada figura.

Se acercó a él, quien dormía profundamente. Marcos pudo ver cómo el pelo de su bigote subía y bajaba cada vez que respiraba.

–Um.... Abuelo... - dijo tímidamente.

Aunque no hubo respuesta. Volvió a intentarlo pero sin

éxito. Se cruzó de brazos y lo miró a disgusto ¿Cómo era posible que un hombre durmiera de aquella manera? Cuando hizo el tercer intento se abrió de golpe la puerta de entrada.

-¡Enrique! - gritó una voz de mujer algo desgastada.

Enrique, que así se llamaba el abuelo de Marcos, abrió los ojos perdiendo el equilibrio: cayó al suelo de espaldas. No pudo sino lamentarse. La anciana se acercó a toda velocidad a él dispuesta a dar una severa reprimenda; estaba tan alterada que ni siquiera vio a Marcos, éste la miraba un tanto asustado. Marcos rió por lo bajo, sorprendido de que la destartalada butaca no se hubiera roto ante tal caída.

-Pero por Dios santo ¿qué estás haciendo? gritó ¿podrías dejar de holgazanear y venir a ayudarme? María y Marcos...

Se interrumpió cuando se percató de la presencia de un niño en el descansillo. Él la miró con una sonrisa un tanto forzada; no sabía muy bien cómo comportarse. La expresión de ella cambió de golpe, dando paso a una gran sonrisa. Se acercó a él y le miró de

arriba a abajo.

-Madre mía... no me digas que tú...¡Pero cómo has crecido! le abrazó con fuerza.

-¿Quieres dejar de gritar de una vez? Estoy intentando echarme una siesta - dijo Enrique malhumorado.

-¿Podrías dejar de quejarte? - replicó ella - Está aquí tu nieto, Marcos.

-¿Marcos?

Enrique se incorporó de un salto corriendo a reencontrarse con él. Entre tanto abrazo y grito Marcos no sabía cómo comportarse ya que sólo había visto a Elvira y Enrique unas cuantas veces en toda su vida, para él eran extraños. Vio aparecer a su madre tras la puerta. Elvira y Enrique salieron a su encuentro. Se abrazaron efusivamente mientras la ayudaban con las bolsas y los paquetes que cargaba. Marcos observaba la escena desde el descansillo de la casa.

-No te quedes ahí cariño, ven con nosotros dijo su abuela.

Lo tomó de la mano y los cuatro se dirigieron al interior de la casa. Era como un museo: muebles oscuros y antiguos. Había dos sofás: uno grande y otro más pequeño viejo y algo raído. En las paredes había objetos que hacían alusión a la vida de marino del abuelo: sogas de esparto, peces disecados... incluso una pequeña ancla. En una mesita redonda Marcos vio fotos colocadas dentro de recargados marcos metálicos. En ellas había fotos de los abuelos de jóvenes, de su boda, del abuelo montado en una pequeña barca de madera color blanco y con dos rayas negras. No pudo evitar sorprenderse cuando vio una fotografía de su padre, en realidad había varias. Un poco más joven, pero era él; en una de ellas sostenía un pez enorme con su caña de pescar.

-Esa fue su primera captura importante. Tenía diecisiete años - dijo Enrique.

Marcos lo miró sorprendido aunque no dijo nada. Continuó observando la fotografía.

-Tu padre y yo solíamos pescar juntos cuando él era joven.

Montábamos en nuestra pequeña barca, mira ésta es, la de aquella foto - señaló una fotografía enmarcada en un marco redondo - me la regaló mi padre y años después, yo se la regalé al tuyo.

-Nunca le vi montar en ella...

-Sí, eso es porque la primera vez que fue a pescar solo se hundió - dijo sonriente - aunque en realidad no fue nada grave. Ese día fuimos a pescar a un lago de la montaña cercana, él insistió en navegar solo, así que mientras él surcaba el lago yo le vigilaba desde la orilla.

-¿Y qué pasó?¿Logró pescar algo? - preguntó con curiosidad.

-Lo único que pescó fue un buen resfriado. La madera de la barca estaba podrida, ya era muy antigua y al poco de entrar en el agua, se hundió. Por suerte llevábamos con nosotros un salvavidas y pude lanzárselo. La semana siguiente no pudo moverse de la cama - el abuelo rió aunque Marcos notó tristeza en su voz.

-No aburras al niño con tus historias, Enrique interrumpió Elvira.

-No son historias, le estaba explicando el día que por primera vez

su padre fue a pescar al lago.

-Ah ya recuerdo. Se resfrió y permaneció acostado una semana.

Pobrecillo se interrumpió un momento – pero él siguió en sus trece hasta que consiguió su primer trofeo. Mira, en esa foto. Creo que tenía dieciséis o diecisiete años. Madre mía, cómo pasa el tiempo.

-Y a ti Marcos ¿te gusta pescar? preguntó su abuelo de improviso.

-Yo...yo... nunca he ido... tartamudeó.

-¿Cómo? alzó la voz con un dramatismo exagerado Eso no es posible, tú llevas la pesca en la sangre. Si quieres un día de éstos yo puedo....

-¡No! les interrumpió María con un grito seco.

Todos la miraron sorprendidos pues se habían olvidado de que estaba ahí. Se hizo un silencio muy incómodo difícil de romper. Enrique y su esposa se miraron el uno al otro, ésta le hizo un gesto de desaprobación con la mirada a su marido.

-Pero mamá... dijo Marcos – yo quiero ir. El abuelo dice...

- Me da igual lo que diga tu abuelo: he dicho que no y es que no ¿No me has entendido? dijo cortante.

-María, no creo que... intervino Enrique.

-Le agradecería que no se metiera en esto, Enrique le espetó con dureza – la educación de mi hijo es cosa mía.

El hombre calló y miró al suelo.

-Y ahora coge tus cosas, vamos a tu habitación – ordenó a Marcos.

Sin decir nada obedeció a su madre y la siguió. Atravesó en silencio el pequeño comedor hacia el interior de la vieja casa. Al fondo de un pasillo estrecho se dibujó una pequeña puerta blanca. Su madre la abrió y entraron a lo que era una habitación. En su interior tan sólo encontró una cama, un pequeño armario y una silla. Por una ventana entraba luz; su madre la abrió permitiendo que la brisa la inundara. Marcos dejó sus pocas pertenencias sobre la cama y echó un nuevo vistazo a la habitación. Parecía que los pescadores no tenían demasiado apego por las cosas materiales: no

había ni una sola fotografía o cuadro colgado en la pared. Ésta aparecía blanca y desnuda. Su madre se sentó junto a él en la cama y le acarició el pelo suavemente. Marcos no dijo nada, aún estaba enfadado con ella.

-Ésta era la habitación de tu padre cuando era joven.

Marcos no dijo nada, pero no pudo evitar esbozar una sonrisa de alegría que enseguida disimuló ante ella. María lo vio pero se lo guardó para ella, mientras continuó acariciándole el pelo.

-Mamá...

María no pudo evitar sorprenderse porque desde hacía algún tiempo su relación no era demasiado buena. No habían hablado mucho en los últimos días: sólo habían discutido una y otra vez sobre el mismo tema. Procuró que los nervios no la traicionarán y le dejó hablar.

-Dime cariño.

Él dudó un instante, no estaba seguro de si debía preguntárselo o no. Finalmente se armó de valor.

-Mamá, quiero ir a la playa con mis amigos, ¿por qué no puedo?

Ella temía aquella pregunta. No sabía bien qué contestarle... eso no era cierto, sí que lo sabía pero era algo tan...

-¿No te gusta estar aquí conmigo y tus abuelos? preguntó para evitar el tema ¿no estás contento de vivir en la misma casa que tu padre cuando tenía tu edad?

-Sí, claro que lo estoy. Pero también quiero ir a ver el mar, nadar, jugar... ¿por qué no me dejas?.. ¿Es por qué...?.

-¡He dicho que no y es que no! se incorporó de un salto en la cama - Vamos a pasar el verano aquí y no hay más que hablar ¿Entendido?

-Pero mamá... yo quiero... tartamudeó.

-¿Es que no me has oído? lo miró fríamente.

María salió de la habitación como un rayo dando un portazo tras de sí. Marcos se quedó sobre la cama, deprimido. Eso era lo que ocurría siempre que intentaba hablar con su madre del mar y la playa. Se cerraba en banda siendo imposible razonar o decir nada.

Él la quería mucho pero a veces deseaba irse lejos y olvidarse de todo y todos. Caer en el agua y desaparecer. Éstos eran unos pensamientos muy duros para un niño tan pequeño, pero haber perdido a su padre a una edad tan temprana le habían hecho madurar de golpe. En un año había cambiado mucho. Le seguía gustando ir con sus amigos por el pueblo y divertirse pero siempre se quedaba pensativo, como en las nubes. No acababa de pasárselo bien y eso que iba a los sitios que más le gustaban: a pescar, a nadar, a la playa... bueno a la playa ya hacía mucho que no iba, su madre se lo había prohibido.

Oyó un ruido proveniente del exterior y rápidamente se asomó por la ventana. No vio nada extraño pero de nuevo oyó el mismo ruido. Advirtió que desde la ventana se veía todo el pueblo con el mar de fondo. El mar.

Miró a la derecha y descubrió un pequeño edificio de color blanco y rojo: era un faro. Lo reconoció porque su padre le había explicado cómo muchas veces, gracias a su luz encendida por la

noche, había sido capaz de encontrar el camino de vuelta. Aunque era pequeño, sus colores llamativos le hacían destacar en el paisaje. De pronto a Marcos le entró la curiosidad y ansió poder ver el faro de cerca. Verlo brillar en la oscuridad de la noche. Volvió a oír aquel ruido en la lejanía del mar y descubrió un gran barco blanco con tres chimeneas; a pesar de lo lejos que se encontraba pudo adivinar su dirección, su padre se lo había enseñado. Instantes más tarde, el barco se dirigió lentamente hacia la costa del pueblo, al puerto. ¿Quién viajaría en aquel monstruo de acero? ¿Qué venía a hacer aquí? Normalmente tan sólo se veían pequeñas embarcaciones pesqueras por la zona muchas de las cuales pertenecían a los pescadores vecinos ¿Se cruzaría su padre con alguna ? Entonces una pregunta pasó por su mente como una estrella fugaz: ¿alguna vez se cruzó con una sirena?

Salió de su ensoñación al oír la voz de su madre llamándole para cenar. El rato que duró la comida fue realmente tenso. Nadie abría la boca, tan sólo Enrique intentaba con alguna que otra broma

suavizar el ambiente, aunque sólo conseguía el efecto contrario. María y Marcos se miraban, de sus ojos parecían salir chispas. Ella se sentía realmente mal por ello, era complicado hablar con su hijo. Marcos siempre se había llevado mejor con su padre, hacían cosas de chicos y ella tan sólo se ocupaba de las tareas relacionadas con la casa o poner las cosas en su sitio si se desmadraban. Conocía bien a su hijo, pero jamás había intimado tanto como su padre con él. Les unía la pesca, el mar... y ¿qué hacía ella cada vez que había alguna posibilidad de acercamiento? Echarlo por la borda. Tenía tanto miedo a perderle...

Cuando Marcos hubo terminado su comida se levantó bruscamente dispuesto a salir por la puerta pero su madre lo detuvo.

–¿A dónde vas tan deprisa? preguntó.

Él no dijo nada. Permaneció en silencio de espaldas a ella.

–Recoge tu plato antes de levantarte de la mesa. No estamos en casa, somos unos invitados y debemos comportarnos como tal, ¿has

entendido? dijo bruscamente.

–Es igual María, no te preocupes... dijo la abuela.

–No es igual Elvira, tiene que saber cuál es su lugar. Una cosa es en casa y otra es aquí, no puede... eh ¿a dónde te crees que vas?

Marcos salió de la cocina en un momento de despiste perdiéndose tras la puerta de su habitación. Lágrimas cristalinas corrían por su rostro. Se dejó caer con aplomo sobre la cama y allí se desahogó.

Todo quedó en silencio por un instante, nadie se atrevió a decir nada. Sólo Enrique tuvo el suficiente coraje para decir algo.

–¿No crees que estás siendo un poco severa con él?

–Tan sólo quiero que entienda que no puede comportarse como un malcriado. En casa nunca le enseñamos eso. Si su padre estuviera aquí...

–Pero no está le cortó Elvira.

María no contestó a eso sino que permaneció en silencio, molesta. Entonces sus ojos se cruzaron con los de Elvira en una

mirada gélida.

-Lo que te quiero decir ... trató de continuar Elvira sin sentirse intimidada por aquella mirada – es que el niño...

-Como ya les dije antes: la educación de Marcos es cosa mía y sólo mía. A la muerte de su padre, yo soy responsable de él. Soy yo quien decide lo que es mejor para él.

-¿Y lo que él quiere? intervino Enrique ¿Acaso se lo has preguntado?

-Haré lo más conveniente para Marcos, ni más ni menos.

-Lo más conveniente para ti, querrás decir – espetó Elvira.

La ira entre ambas mujeres era más que evidente e iba en aumento. Enrique no sabía qué hacer para evitar que aquello fuera a más.

-Agradezco su hospitalidad y la ayuda que me están brindando, pero querría que no se metieran en esto – aclaró aún con más fiereza Mi deber es velar por su seguridad y si ello implica

impedirle, prohibirle ir a la playa: así será. Es mi última palabra.

Tras lo dicho, se perdió por el comedor hacia su habitación dando un sonoro portazo tras de sí. Aunque Elvira estaba furiosa había intentado mantener las formas por respeto a su hijo Enrique: al fin y al cabo estaban hablando de su nieto, lo único que le quedaba de él. Enemistarse con su nuera no era lo más conveniente en aquel momento.

Marcos había escuchado toda la conversación, no era difícil teniendo en cuenta que habían discutido a gritos. Miró por la ventana: la luz de la luna bañaba el interior del cuarto dando un aspecto algo tétrico al mismo. Aquella había sido la habitación de su padre pero, de alguna u otra forma, no la sentía cercana en absoluto; más bien se sentía como un extraño en un lugar extraño. Pero en cambio, el olor a sal que inundaba todo el pueblo le daba una gran sensación de paz y tranquilidad. El mar estaba lejos pero lo sentía más cerca que nunca. Cerró los ojos y creyó oír su rumor entrando a través de la ventana.

El leve chillido que hizo la puerta le sacó de sus

pensamientos. Alguien entró despacio pero pesadamente al interior de la habitación. Marcos, creyendo saber quién era, se hizo el dormido. Notó como un peso se apoyaba sobre la cama junto a él.

–Marcos... ¿estás dormido? preguntó María.

Él no contestó y ella no volvió a preguntar. María permaneció allí un rato más acariciándole su espeso y oscuro pelo, lleno de desordenados y salvajes rizos. Por mucho que quisiera hacerse el valiente, a Marcos le encantaba que su madre le acariciara el pelo porque era el único momento en el que no discutían. Finalmente, ella le dio un beso de despedida deseándole las buenas noches en un leve susurro. Marcos hizo lo mismo en silencio.

Aquella primera noche no había sido fácil para ninguno de los ocupantes de la casa. Cada uno había sufrido a su manera, no sólo por el calor y los mosquitos. Elvira había estado pensando.....

Para conocer el resto de la historia puedes adquirir el libro oprimiendo el botón “Comprar ahora”. El manejo de tu pago lo hace PayPal de manera confidencial y segura. Paypal maneja mas de 150 millones de cuentas en el mundo.

Y además las ventajas del libro electrónico:
TAN CÓMODO COMO UN LIBRO DE PAPEL, A MÁS BAJO PRECIO, A SALVO DE INCENDIOS, INUNDACIONES O POLILLAS.

Cuando adquieres un libro electrónico, puedes elegir los modos de lectura que te parezcan más cómodos:

Ajusta el formato del libro al tamaño de tu pantalla gracias a los botones de aplicación del PDF. No tienes por qué estar pinchando las teclas Page Down o ENTER por cada línea o párrafo que leas. Puedes hacer aparecer una página completa en la pantalla y disfrutar de una cómoda lectura sin tener que utilizar demasiado tus manos ni forzar los ojos.

Imprime el texto completo o por partes según tu ritmo de lectura. Si no deseas quedarte varias horas frente a una pantalla, puedes imprimir el libro electrónico para tu uso personal. Es completamente legal. Puedes crear copias de seguridad que te permitan conservar el texto en tu PC, en un CD, una memoria USB o en tu propia cuenta de correo electrónico.

ACERCA DE:**SONIA NIEVAS DE BÉJAR.**

BARCELONA, ESPAÑA. 1983. Tras sus estudios de la escuela superior y primaria, estudió la especialidad de ilustración Infantil en el instituto de Bellas Artes Llotja de Barcelona. Posteriormente amplió sus conocimientos hacia el mundo de la imagen digital, retoque e Internet en diferentes escuelas de Barcelona.

Desde bien pequeña, su pasión han sido los libros y la lectura. *“Me imaginaba viviendo las aventuras de los protagonistas de mis historias favoritas, inventando posibles nuevas historias paralelas para ellos, finales alternativos...”*

Fue durante una asignatura de iniciación al guión cinematográfico donde decidió convertirse en escritora.

Sus autores favoritos son Anne Rice (Entrevista con el vampiro), Bram Stoker (Drácula), Frankenstein (Mary Shelly), Emily Bronte (Cumbres borrascosas), Jane Austen (Orgullo y Prejuicio), entre otros, incluyendo autores actuales del género *chik lit* o novela romántica. Así como influencias del cine y series de televisión.

“Me gusta escribir, contar historias y que la gente disfrute con ellas. Crear un universo donde cada lector se sienta especial y único en él, que le dé la oportunidad de crear su propia versión del mismo”

“EL HOMBRE QUE AMÓ A UNA SIRENA Y LA SIRENA QUE LO AMÓ” es su primera gran obra. [»»»»»»»»](#)

